

REITERANCIA "AD NAUSEAM".

Luis Bouza-Brey,

**Comentario a "Tienen que perder y pagar", de ISABEL
SAN SEBASTIÁN.**



En esta república bananera que ha desarrollado sus patologías disfuncionales hasta el final, sin que nadie pusiera límite a la degeneración, nos enfrentamos a un golpe de tarugos que ha de ser respondido con medidas terapéuticas por una cuadrilla de ineptos, lo que llevará la situación hasta la degradación final de un caos persistente, ilimitado y creciente que hundirá el país.

El régimen del 78, con su sistema electoral corrompido, patógeno y cleptocrático, y su modelo autonómico pervertido, ha producido en Cataluña un microclima asfixiante gestionado por una clase política endogámica y corrupta, que abduce hasta el cerrilismo a un pueblo cegado por mitos y antimitos que anulan la racionalidad.

Asimismo, a nivel global, las patologías representativas y la perversión autonómica han creado una clase política demeritocrática, incapaz de encontrar y aplicar soluciones nuevas a la descomposición y agonía del régimen que la sustenta.

Por todo ello, estamos inmersos en una dinámica autoinducida y repetitiva en la que al tarugismo exigente y cerril del nacionalismo catalán siempre se responde con un tarugismo recíproco e inverso de concesiones y apaciguamiento obtusos por parte de la oligarquía demeritocrática, que se autoalimentan y agravan el circuito cerrado de la degradación, e impiden la superación de la agonía del régimen.

Las prisas de la convocatoria electoral, la ceguera estratégica de un 155 aguado, la ausencia de una respuesta coercitiva contundente ante los golpistas, el pánico a la idea de reformar las estructuras básicas del régimen nacionalista —régimen electoral y control de los medios de

comunicación—, junto a la expectativa de apaciguamiento buenista derivada de la satisfacción de parte del programa nacionalista, prolongan de nuevo la dinámica pervertida de afrontamiento de la situación, y hacen prever la repetición "ad nauseam" de empate infinito que derribará finalmente la libertad, hundiéndola en un caos sin fondo ni salida.

El impulso regenerativo del Rey, la emergencia de un nuevo instinto patriótico, y la conciencia empresarial del peligro para la economía, no han producido una respuesta suficiente y adecuada por parte de la clase política.

Seguimos en lo de siempre pero peor, pues se va agotando el tiempo y las expectativas de solución: dentro de dos meses nos enfrentaremos a una crisis agravada y terminal.

TIENEN QUE PERDER Y PAGAR

ISABEL SAN SEBASTIÁN, 'ABC (1ª Edición)' - 2017-11-02

¿Cuánto tiempo más de libertad van a disfrutar los golpistas para desplegar su campaña electoral?

YO no estoy convencida de que el proceso secesionista catalán esté muerto, por mucho ridículo que haga el prófugo Puigdemont en su aventura tintinesca. No lo estoy en absoluto. Basta ver las encuestas que se publican

estos días para comprobar que el bloque impulsor del golpe mantiene prácticamente intacta su fuerza, con algún trasvase de votos entre partidos independentistas, pese a no manifestar sus líderes el menor pesar por el gravísimo paso dado con la proclamación de la república ni mucho menos mostrar intención alguna de rectificar el rumbo. El proceso no ha muerto, qué va. Conviene no confundir nuestros deseos con la realidad. Ha sufrido un revés momentáneo con la aplicación del 155, aun en su versión ultralight, y ha despertado a una parte importante de la sociedad catalana que permanecía adormilada y ahora tiene ante sí la posibilidad de votar masivamente a fin de cambiar las cosas. Cierto. El proceso, no obstante, sigue vivo, y así seguirá en el futuro salvo que los golpistas asuman que quien la hace la paga y la paga de verdad.

La reacción del Gobierno al desafío sin precedentes protagonizado por los sediciosos llamados a declarar esta mañana ha sido la más blanda de las posibles. Mucho más tibia que la de los empresarios, cuya huida masiva de Cataluña demuestra hasta qué punto han percibido ellos la gravedad del peligro que se cernía sobre todos. Más leve también que la de «los mercados», traducida en un duro castigo infligido al ahorrador, tan atónito como impotente ante esta asonada anunciada. Entre la clase política se ha impuesto la voluntad de consenso basado en el apaciguamiento, por mucho que esa vía haya fracasado una y otra vez en el pasado. Se ha dado una nueva patada al balón, sin hilvanar una jugada susceptible de acabar en gol, en una maniobra destinada únicamente a ganar tiempo. Y así se ha remitido la cuestión a las elecciones del 21 de diciembre, con la esperanza de que sea el nuevo ejecutivo surgido de las urnas el que se enfrente al problema. ¿Y qué pasa si esos gobernantes lucen los mismos colores que quienes nos han traído hasta donde estamos, plantean idéntica exigencia respecto a su presunto «derecho a decidir» y persisten en su voluntad de quebrar la unidad

de España? Nadie hasta hoy ha respondido a esa pregunta, a pesar de que tal escenario resulta altamente probable.

El golpe no ha fracasado; está suspendido. Los partidos que lo perpetraron van a concurrir a los comicios sin renunciar a su ideario, abiertamente ajeno al marco constitucional, y sin siquiera comprometerse a cumplir la ley. Antes al contrario, envían portavoces a todas las tertulias para alardear de su determinación golpista y predicán su doctrina rupturista desde TV3, que sigue en sus manos. La vía política por tanto está cegada o, mejor dicho, en el aire, a la espera de que se produzca, o no, el milagro de un vuelco electoral. Queda la vía judicial, como última esperanza de los españoles que asisten perplejos a este espectáculo circense.

Va a cumplirse una semana desde la proclamación de la república sediciosa, un delito flagrante penado con hasta 30 años de cárcel si se califica como rebelión, sin que se haya producido una sola detención. «Separación de poderes», se nos dice. Y lentitud, añado yo. O tongo. ¿Cuánto tiempo más de libertad van a disfrutar los golpistas para desplegar su campaña electoral? ¿Cuántos más se fugarán? ¿Se saldrá este nuevo pulso al Estado con impunidad y prebendas? Si no pagan y no pagan caro, no solo no habrán perdido, sino que habrán vuelto a ganar.